

Los años irreparables
y otras prosas autobiográficas

el paseo|central, 18

RAFAEL MONTESINOS

Los años irreparables

y otras prosas autobiográficas

Prólogo de
Rafael César Montesinos Calvo

Edición e introducción de
Rafael Roblas Caride

el paseo, 2020

 **cicus**
Biblioteca de Autores
Meridionales

© Herederos de Rafael Montesinos, 2020
© de los prólogos: Rafael César Montesinos Calvo, 2005-2020
© de la introducción: Rafael Roblas Caride, 2020
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2020 / UNIVERSIDAD DE SEVILLA, 2020
www.elpaseoeditorial.com

Todas las imágenes proceden del archivo familiar de Rafael Montesinos y los editores quieren agradecer la labor de clasificación y preparación de las mismas por parte de Rafael César Montesinos Calvo.

Esta edición se ha realizado en colaboración con el Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla y se integra en su colección «Biblioteca de Autores Meridionales».

 **cicus**
Biblioteca de Autores
Meridionales

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Director General de Cultura y Patrimonio: Luis Méndez Rodríguez
Coordinación técnica CICUS: Juan Diego Martín Cabeza

1ª edición en EL PASEO: septiembre de 2020

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s. c. a.
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-121408-3-5
DEPÓSITO LEGAL: SE-1446-2020
CÓDIGO THEMA: DNC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.
Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

SALUDA de la Universidad de Sevilla	XIII
PRÓLOGO, por Rafael César Montesinos Calvo	XV
Prólogo a la cuarta edición	XV
El poeta en su nave del tiempo (Notas a esta quinta edición)	XVIII
INTRODUCCIÓN, por Rafael Roblas Caride	XXIII
A manera de breve biografía	XXIII
La obra en prosa de Rafael Montesinos	XXXII
Prosa inédita	XXXIII
Textos periodísticos	XXXV
<i>Los años irreparables</i>	XLI
Temas, estilo, tonos e influencias	XLVII
Nuestra edición y procedencia de los textos	LV
Cronología de Rafael Montesinos	LXV
Bibliografía	LXXVII
Obra de Rafael Montesinos	LXXVII
Estudios sobre Rafael Montesinos y obras mencionadas en el estudio introductorio	LXXX
 <i>Los años irreparables</i>	
Prólogo inédito a <i>Los años irreparables</i>	3
Prólogo pensando en la calle	11

I. (1924-1929)	15
El contemplador de estrellas	17
La hermana Corazón	27
El regreso perdido	32
Los días tristes	34
Íñigo de Loyola	42
II. (1930-1935)	51
Rosita	53
Van Dyck y el bachillerato	59
El Colegio de «Pajaritos»	65
Alájar	76
La noche y el río	80
Tarazonilla	84
1	84
2	90
3	91
III. (1936)	97
La novia y la guerra	99
<i>(Paisaje)</i>	99
<i>(Aquel tiempo y este tiempo)</i>	99
<i>(28 de febrero/28 de junio)</i>	100
<i>(Los consejos del Padre Espiritual)</i>	101
<i>(Tardes de verano)</i>	102
<i>(18 de julio)</i>	103
Epílogo escrito en mi cuarto	107
Nuevo epílogo, con mi hijo al lado (Palabras para una segunda edición)	111

Otras prosas autobiográficas

TEXTOS AUTOBIOGRÁFICOS	123
<i>Cuaderno de Alájar</i> (1988)	125
Palabras de agradecimiento. Volver a Alájar	125
El baile en la Peña	127
La calle	128
El final del verano	129
<i>Amor a Carmona</i> (1997)	131
Prólogo	131
<i>De memorias y nostalgias</i> (inéditos)	135
El derrumbamiento de la nostalgia	136
I. La frente que ardía	137
Así escribo	138
Primer recuerdo	138
Quien fuera Pepe Tablares	138
Lejanos gestos olvidados	139
Equis partido por tres equis	140
Los campanilleros y otros paisajes de la Navidad	140
La risa	142
Punta de lápiz	143
Sobre mi frente que ardía	144
La ciudad que di al olvido	144
El mástil y el huracán	145
II. Adolescente frente al mar	157
De ciudades y yacimientos	158
El sol aquel	158

Las bridas	159
Todo lo que se saca de su sitio	160
Mil novecientos trentimuerte-mil novecientos trentamor. Tres años más	160
Patrimonio adolescente	161
III. Primera piedra de olvido	165
Provengo de un destierro muy lejano	166
Aquel momento de tristeza	166
Pintar, escribir, soñar acaso	167
Esta música	167
Cualquier tiempo	167
Si bien se mira	169
El libro y el beso	169
La oscuridad del salón	170
A Marisa (Carta dedicatoria)	170
No es el dolor de la evocación	172
Yo fui feliz durante veinte años	172
¿Volver? ¿Para qué?	173
Historia de unas espinas	173
Sí —pensaba él—: fue en una de estas bocacalles	174
... y halló solo un inmenso valle	174
TEXTOS PERIODÍSTICOS	175
Artículos publicados en <i>ABC</i>	177
La tristeza de volver	177
Los santos y las señas	179
Con la música a otra parte	181
Cumpleaños	182
Las ruinas	184
Un sevillano	186
El escritor trasterrado	188

La madrugada del mástil y el huracán	189
Alájar, patria de verano	191
El libro sin abrir	193
Un nacimiento sobre un baúl	195
Personalidad contra reembolso	196
¡Esa puerta!	198
En el CL aniversario de Bécquer: Ramón Juliá	200
Toda mi Andalucía	203
Artículos publicados en otros medios de comunicación (Selección)	205
La Semana Santa de un poeta inglés	205
Última visita	209
Cada poeta tiene su poética	210
Carta de Sevilla	213
Carta de Gibraltar	216
Niño europeo	220
Incienso y ausencia	221
Textos y apuntes periodísticos inéditos	225
Los <i>exageraos</i>	225
Balada para una ciudad presuntamente alegre	227
Claridad sevillana para Juan Barreto	228
Una escuela de artes demasiado aplicadas	229
Memoria viva y memoria literaria	231
De la moda y otros desencantos	233
NO∞DO	235
El personaje inolvidable	236
Génesis y apocalipsis becquerianas	237
Pero... ¿Bécquer nació en Sevilla?	238
La ciudad y el poeta	239
Mortal de necesidad	241
Del reto y otros tópicos	243
Elogio de lo onubense	244
La posesión	245

Hijos de Andalucía	246
Una ciudad y un balcón	246
Del ala izquierda de mi arcángel	247
En cuanto hay lluvia por medio	248
La radio	249
Allá en mi Sevilla	249
La pluma estilográfica	250
La muchacha del aire	252
Balada para una diosa	253
La lectura	255
ÍNDICE ONOMÁSTICO	257

Saluda

La Biblioteca de Autores Meridionales nació hace más de dos años con la misión de recuperar el patrimonio literario andaluz, manteniendo viva la relación de la Universidad de Sevilla con las letras. Esta colección es un compromiso firme con la literatura hecha desde el sur, con la certeza de que es necesario difundir obras que relacionan a los creadores con el contexto histórico, social y geográfico que les tocó vivir. Gracias a ello podemos contar ya con un buen número de títulos que nos van ayudando no solo a acercarnos a autores que por méritos propios forman parte de la historia de la literatura, sino que también nos sirve para entendernos mejor como sociedad comprendiendo nuestro pasado.

Este libro de Rafael Montesinos cumple a la perfección lo que estamos diciendo. Si por una parte es muestra de la altura literaria del escritor, para muchos más conocido en su faceta lírica; es también una forma de acercarnos a la ciudad de Sevilla guiados de su mano... La segunda edición, ya completa después de la primera cercenada por la censura, fue publicada precisamente por la Universidad de Sevilla. Se trata entonces en esta coedición con El Paseo, de cerrar un compromiso con el autor y con su obra al completarse este texto de Los años irreparables con otros escritos autobiográficos que nos servirán a sus lectores para acrecentar nuestra admiración por su obra.

Quiere la casualidad que el centenario de Rafael Montesinos vaya a coincidir en el tiempo con otro aniversario, los ciento cincuenta años que hace de la muerte de los hermanos Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer a los que Montesinos dedicó tantos años de estudio. Nuestro homenaje a estos autores en este año convulso lleno de incertidumbre pasa por vincular la cultura con la ciudad, siendo fieles desde nuestro punto de vista con una de las importantes señas de identidad de estos autores a los que la efeméride ha querido unir una vez más.

MIGUEL ÁNGEL CASTRO ARROYO,
Rector de la Universidad de Sevilla

Una de las líneas estratégicas de actuación del CICUS (Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla) es la recuperación de autores sureños del siglo xx a través de la colección «Biblioteca de Autores Meridionales». Esta serie nació con el propósito de rescatar la memoria y la obra de escritores pertenecientes o con temáticas relativas al mediodía. Se presenta ahora en este volumen un nuevo título de esta colección junto a la editorial El Paseo, con una obra fundamental para el patrimonio literario de la Sevilla de la posguerra como es Los años irreparables (1952) de Rafael Montesinos, junto con un conjunto destacado de otras prosas autobiográficas y periodísticas del que fuera Premio Nacional en sus modalidades de Poesía (1958) y Ensayo (1977), en este último caso por su constante recuperación y estudio de la figura y de las obras de Gustavo Adolfo Bécquer.

Estas memorias sentimentales de la infancia y adolescencia, de la nostalgia buscada y personificada en su ciudad natal, vieron la luz en 1952, siendo su última edición la que publicó la Universidad de Sevilla. La que ahora publicamos incluye además un importante aparato crítico a cargo de Rafael Roblas, quien ha realizado una labor encomiable de recuperación de un importante conjunto de datos biográficos, apuntes, escritos y estudios del autor. Este volumen se presenta como la edición más completa y contextualizada, incorporando inéditos que suponen gran parte de su extensión, y acompañada de más de sesenta fotografías del archivo familiar del autor, que sirven para ilustrar la figura del autor y el propio relato de su obra, claves para conocer el panorama literario de la época. Con ello la Universidad de Sevilla celebra el centenario del nacimiento de Rafael Montesinos. Queremos agradecer por último la rigurosa y cuidada edición que han realizado David González Romero y Rafael Roblas, y las atenciones de la familia de Rafael Montesinos.

LUIS MÉNDEZ RODRÍGUEZ
Director General de Cultura y Patrimonio
Universidad de Sevilla

Prólogo

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

Como bien indica Francisco Alejo Fernández en la tercera edición, «*Los años irreparables* es un homenaje póstumo a la infancia y la niñez, en un tiempo y un espacio perfectamente acotados, en una Sevilla (1924-1936) que existe inmóvil dentro de la memoria del poeta, renacida para morir de nuevo».

Si algún libro dio a Rafael Montesinos tristeza, esperanza y emoción plenas, como niño-hombre y poeta, este fue *Los años irreparables*. Aunque entonces, igual que ahora, las cosas carezcan de importancia.

A lo largo de estos días tristes, he releído el libro. Mi padre me lo dedicó hace muchos años: «Para mi hijo Rafael, que ahora empieza... Queriéndole siempre, Rafael. Febrero, 1970». Y ahora, ¿entonces?, arranco a trompicones este prólogo, atravesado en puntos suspensivos, como el tiempo suspendido de nuestro poeta, hecho con ladrillos de niebla del Guadalquivir, esos que no se resquebrajan hasta el olvido, porque su materia es la emoción transmitida a lo largo del tiempo en cualquier tiempo. Y contra ello poco puede La Historia, esa señora enorme que mastica, amasa y moldea hitos y monumentos, proyectos y tristes ilusiones.

Los años irreparables es la crónica de un viaje y sus descubrimientos. Travesía en el tiempo. Vayamos al mapa. Hay tres islas en el mar del Tiempo: Infancia, Niñez y Adolescencia. Más allá, antes de llegar al océano Muerte, se levanta el continente de las Personas Mayores, donde viven agitadamente los noniños.

Allí habita transterrado el poeta medionño, que sobrevive en la nostalgia de las Tres Islas. Es también una travesía en el espacio. Ahora el continente se llama Sevilla, y sus barrios, países. Rafael Montesinos nació en el país de Bécquer, calle o región de Santa Clara. Como a su padre le gustaba cambiar de casa, tuvo este niño domicilio en diversos barrios-países. Creo que tanta casa le ahondó la sensación de pérdida, nostalgia por lo que fue y vendrá.

Rafael Montesinos, navegante de la memoria, ya no viaja. Vive en Madrid, tierra profunda. Se casará con Marisa o país de la Esperanza. Tendrá dos hijos, a los que cuenta historias de sus navegaciones. Compartirá aficiones, plumas y pipas con su hijo-sobrino. Y escribirá sobre cosas que ya sucedieron. Quiero decir que el poeta lucha por un poco de felicidad y que vivirá siempre en la misma casa madrileña. Pero regresemos a la primavera de 1951. El viajero está escribiendo en un libro de cuentas, como su paisano Gustavo. Es el manuscrito de *Los años irreparables*. Empieza casi por el final. Los recuerdos brotan sin aparente orden, entre notas y borradores. Y un día, como por arte de nostalgia, todo se armoniza con perfecto rito, con estética regla. El mapa de la niñez regresa ante sus grandes ojos.¹

Demasiado denso es este sencillo libro para estas pocas páginas de prólogo. Pero es obligado recordar la dulce tristeza de la madre y los ángeles que le guían en su infancia, como la hermana Corazón. El padre, con su generosidad, arranque y cultura. Conchita, su compañera de juegos. El Colegio de las Carmelitas y el descubrimiento de la caja de arquitectura, de

¹ Desde el principio, los recuerdos surgen del manuscrito a fogonazos de instantes, en cortos textos en prosa, llenos de imágenes, con la breve intensidad del poema. Memoria escrita en tinta azul y con letra bonita, como su cielo más puro. Las tres primeras páginas son un buen ejemplo. En el principio fue Rosita y la hora de la cena. Tras algunos textos tachados, hallamos la dedicatoria, diferente en parte a la de la primera edición. Después viene su fe de vida: «De mi madre heredé la tristeza; de mi padre, la despreocupación». Y como cierre de este primer capítulo en torbellino de fechas, la novia y la guerra. Comenzar por el final, como buen andalusí. *Los años irreparables* arrancan con Rosita y Angélica o el principio por el fin... Pero dejemos que el tiempo nos indique el momento adecuado para otra edición.

irreparables y otras prosas autobiográficas, hacemos nuestro el recuerdo de un poeta que recuerda, que nos hace rememorar nuestra infancia y juventud a través de su pasado para hacerlo futuro y que, posiblemente, desde su sonrisa de niño de ojos grandes nos esté recordando desde su *nostalgia del porvenir*.

RAFAEL CÉSAR MONTESINOS.
Madrid, 8 de octubre de 2019.

Introducción

POR RAFAEL ROBLAS CARIDE

A MANERA DE BREVE BIOGRAFÍA

Mañana del 30 de septiembre de 1920. Aún retumban en el aire las once campanadas de la cercana torre de San Lorenzo cuando el llanto de un niño asalta las aceras de la calle Santa Clara. En el número 41 (hoy 49), acaba de nacer Rafael Montesinos Martínez, el hijo primogénito de Rafael Montesinos Escobar —un emergente contable hecho a sí mismo— y de la joven Luisa Martínez Serrano, de la que heredará no solo el hermosísimo color de sus ojos, sino también un amargo poso de melancolía. Junto a la pareja, habitan la amplia vivienda de patio y cancela Carmen y José, madre y hermano del patriarca, respectivamente. Y no deben de ir muy mal las cosas cuando el núcleo familiar dispone de una sirvienta, Felisa —después Pepa—, que colabora con las mujeres de la casa en las tareas diarias.

El vetusto edificio es propiedad de dos hermanas que ocupan el piso alto, ajenas a los Montesinos Martínez, pero a las que el niño-poeta pronto tomará gran cariño. Se trata de las tatas Salvadora y Concha de los Reyes García, que soportan su temprana vocación de cafre y lo malcrían con caramelos de malvavisco, advirtiéndole de los peligros ocultos en las escaleras para que no se caiga lastimándose.

Rafael Montesinos va creciendo, pues, como cualquier otro niño perteneciente a la burguesía sevillana, como cualquier

otro habitante infantil de una ciudad que se entrega a las modas de los *felices veinte* y del *art déco* y que prepara su gran cita con la Exposición Iberoamericana del 29. Sin embargo, entre lápices de colores y juguetes de arquitectura, también se le va revelando aquel misterioso ensimismamiento contemplativo.

UN NIÑO SUEÑA EN UN PATIO

Casa de adobe y tristeza
con la vela echada, un niño
en aquel patio me espera.

El niño mira hacia arriba
soñando entre las macetas.
Y yo no quiero acercarme,
por no amargarle la siesta.

(En *La vanidad de la ceniza*)

Esta tendencia a la nostalgia y a la melancolía, que, como se ha indicado, es una inevitable herencia materna que le llega a través de la sangre, conformará de ahora en adelante el envés de su carácter y se volcará indefectiblemente en su posterior obra poética, intensificándose conforme vayan pasando los años y se aproxime el final.

1935

Cuando llega el recuerdo, me conmueven
aquellos días de la infancia:
el caserío blanco, los olivos,
el jardín de mi madre, sus canarios,
que hoy me cantan silencio y soledades,
y aquel quieto mirar tan suyo y triste
que dicen que heredé.

Con los ojos maternos ahora miro

los lluviosos paisajes de la infancia
y el torpe invierno de un jardín en donde
siempre sueño que vivo en primavera.

(En *Con la pena cabal de la alegría*)

Sin embargo, conviene no anticipar demasiadas cosas por ahora. Si acaso, resaltar que la infancia del niño es feliz, inclinándose desbocadamente al amor no más el deseo recién descubierto pisa el umbral de la adolescencia, en dura pugna con la exigente educación jesuítica. El idealizado primer amor —puro y oculto— por Rosita, en la casa de Peñuelas. Los primeros descubrimientos en Alájar. El tibio roce de la piel de María, la sirvienta. La entregada sumisión de Rosalía Liñán Ruiz de Almodóvar, aquella enigmática vecina de la casa de Almirante Ulloa que fulminó su niñez en el suelo de un balcón al alborar la guerra. ¿Sería el amor pecado? A partir de ahí, la vida se acelera: la intensa relación amorosa con Rosalía, una íntima simbiosis con la ciudad natal y su experiencia en el frente de la Sierra Tejonera, sufriendo en primera persona el horror de una guerra fratricida. Ya nunca sería el mismo: desde entonces, por ejemplo, el escepticismo vital y la convicción de que ninguna postura política puede defenderse por medio de la violencia arraigan en su alma.

En 1939, concluida la contienda, diversos acontecimientos hacen preciso el traslado familiar de Sevilla hasta Madrid. Es el último día del año y las campanadas casi resuenan en el andén. El primer amor, la inocencia y la ciudad natal quedan definitivamente atrás. Por delante solo se vislumbran duros años de posguerra. Pero el verso ya está presente en Montesinos: ya ha fijado sus poderosas raíces. Sus primeros esbozos, escritos en la adolescencia sevillana, van evolucionando hasta convertirse en tanteos poéticos más serios durante esta nueva singladura madrileña.

En estos primeros años capitalinos se relaciona con Adriano del Valle —amigo paterno—, con Manuel Machado, con Gerardo Diego, con Rafael Laffón, con José Luis Cano, con José

Los años irreparables

Prólogo inédito a *Los años irreparables*

Los años irreparables es mi primer libro escrito totalmente en prosa. Nació, al igual que todos los míos, empujado por la pura necesidad de escribir, sin forzar sus páginas, aunque sí trabajándolas. Siempre intenté esa difícil sencillez que nos propuso Lope de Vega: «oscuro el borrador y el verso claro». En el manuscrito original, un viejo registro de actas, se ve claramente el proceso de creación. También se advierte que no seguí un orden cronológico. Lo primero que ahí aparece es el «retrato» de Rosita y una anotación: «Comencé a escribir este libro el día 23 de mayo de 1951».

Recuerdo aquellos momentos, aquella alegría, al ver cómo el futuro libro iba formándose entre mis manos. Siempre he dicho que el gozo de la creación (sea verso, prosa o ensayo) es tan intenso que ni siquiera lo supera el que produce la publicación del libro. Muchos de los párrafos tuve que aprendérmelos de memoria antes de pasarlos al borrador o escribirlos directamente a máquina, pues en el sitio donde trabajaba entonces solo me permitían escribir números. Lo de la memoria no es nada del otro mundo, aunque se nos asegure que es una de las tres facultades del alma. Todos mis anteriores libros de poesía fueron compuestos así. Después, como es natural, sufrieron retoques. Pero también en mi memoria.

Ahora, al releer estas prosas, me doy cuenta de que el lejano niño-adolescente se apoderó por completo de aquel joven de treinta años que fui en días también lejanos. No inventé nada al escribir. Ni siquiera el aire de Sevilla, pues me lo traje conmigo a Madrid y nunca nos abandonamos. Hay momentos

(mejor dicho, ráfagas) en los que repentinamente ese aire se intensifica. Todavía sucede.

Después de tanto tiempo, no me resulta difícil enfrentarme con el que era yo cuando escribí este libro. Son muchas las cosas que permanecen. Sobre todo, la consciencia de un destierro que no elegí y la constante visión de una ciudad que no es la mía y en la que me encuentro injustamente extraño, a pesar de su innegable cordialidad. Pero existe ahora algo que yo no tenía a los treinta años: el terrible convencimiento de un final cada vez más cercano; la crueldad que supone (perdón por la autocita) «ofrecernos / tan poco tanto para tanta nada», obsesión esta que se manifiesta, una y otra vez, en mis últimos libros de poemas.

Me he leído a mí mismo (extraña experiencia) antes de escribir estas palabras y, aunque cambie ligeramente tal o cual pasaje, en lo esencial dejo el libro como lo escribió aquel joven de treinta años que fui un día. Además, ¿hasta qué punto tendría derecho yo a rectificarle su manera de pensar? Él a mí, seguramente, sí. Por ejemplo: aquel joven que fui me advierte ahora que, mientras yo escribía este libro, la Compañía de Jesús comenzaba a experimentar el cambio más espectacular de su historia. Aquellos jesuitas de arroyo que me educaron la infancia, pasado el tiempo, se convertirían en los jesuitas de Arrupe. Incluso ya había síntomas de cambio en 1951, y faltaban muy pocos años para que algunos jesuitas figurasen como capellanes en las guerrillas del Che Guevara. Pero yo estaba tan metido en mi propia infancia que no pude advertirlo. No obstante, dejo el libro tal como lo viví durante la primavera y el verano de aquel año 1951, aunque hago ahora algunos ligeros retoques de corrección de estilo y específico más algunos pasajes.

§

Desde su primera edición, *Los años irreparables* me trajo numerosos amigos, y no solo en Andalucía. Gracias a este libro, el editor Ramón Juliá, al que no conocía personalmente, viajó de Barcelona a Madrid para encargarme una serie de traba-

«Dulzura de los años irreparables...»
(*Jorge Guillén*)

Prólogo pensando en la calle

Verdaderamente, las cosas carecen de importancia; la importancia se la damos nosotros; nosotros y el tiempo. Sin embargo, creo que toda infancia, por el solo hecho de haber existido, es importante; quiero decir que interesa a tal o cual persona de sensibilidad acusada. Yo no sé si voy a conseguir reflejar mi infancia —que en el fondo es la de todos— con sus esperanzas e inquietudes, tal como fue entonces. Alguien me aconseja que la mire desde esta distancia de hoy, pero tampoco sé si me ha servido de algo vivir, ir matando ilusiones, o ir dejando que me maten ellas, porque no soy un hombre de «experiencias». Esos tipos que alardean a cada momento de su «experiencia de la vida» me parecen cómicos y trágicos a la vez. Y es que, sin darse cuenta ellos mismos, nos están dando la noticia de su experiencia de la muerte. Yo, en cambio, lucho por que todo se conserve inédito a mi alrededor, y quisiera volver a aquella edad en la que iba estrenando las cosas maravillosamente: una flor, una caricia, un pájaro, una soledad...

Y también a veces pienso que las cosas no merecen la pena. Esto último debe de ser, sin duda, consecuencia de mi inevitable experiencia de la muerte. Así que lo que hoy me llena de entusiasmo, mañana puede causarme hastío.

Y es que, gracias a Dios, algunas veces no sé lo que quiero. Qué aburrimiento. Saber lo que uno quiere. Conocer de antemano el punto final del camino que se sigue.

De verdad que no volverán aquellos años ni aquella manera de ver la vida. Si ahora soy feliz a veces recordando un momento feliz, entonces lo era esperándolo. Y cuando llegó la felicidad —o lo que yo creo que fue la felicidad—, me dejé llevar por la

dicha esperando apasionadamente en la eternidad de las cosas, así como ahora me dejo llevar por la vida escépticamente abatido ante la fugacidad de aquellas cosas mismas. Hablo de años que se fueron. Es el *fugit irreparabile tempus* leído en la esfera de no recuerdo qué reloj. Sí; huyó el tiempo irreparable como agua que se escapa entre los dedos. Si yo pudiera expresar ahora lo que sienten estas manos mías, húmedas aún...

Dichosa edad aquella en la que no creía en todo. Quizá sea esta la razón por la que recuerdo ahora con tanto afán aquellos años míos; pues el que da en creer en todas las cosas, acaba no creyendo en ellas, o lo que es peor: termina por creerlas con desgana, y al menor signo de desaliento las abandona. Y ahora, cuando nada tengo que abandonar si no es mi propia vida, con muy pocas creencias en el corazón, emprendo la gran aventura de volver al maravilloso país de la infancia. Y regreso —lo sé— ante la indiferencia de las «personas mayores», que ya nacieron así y que todavía siguen sin comprender ciertas cosas.

Aunque mi latín sea de bachillerato, o más bien de reloj —*¡fugit irreparabile tempus!*—, no creo que fuese vulgar del todo una niñez que vio cosa muy natural y propia de cada noche persignarse ante un lienzo pintado por Alonso Cano...

—¡Eh!, ¿es que no ves por dónde vas?

Mi amigo viene a interrumpirme el prólogo, con su presencia y su rostro preocupado. Hablamos de cosas triviales hasta que él me da la noticia de su próximo casamiento, comentándola con esta frase:

—Fíjate qué manera de complicarme la vida.

—¿Por qué? —le pregunto un poco distraído aún.

—Porque lo único importante para casarse es disponer de mucho dinero, y yo dispongo de muy poco.

—¡Hombre! —le digo—, yo creo que para casarse también son necesarias otras cosas no menos importantes, como por ejemplo: estar enamorado...

—¡Bah! —interrumpe rápido—, eso no tiene importancia.

Lo miro extrañado, cuando en realidad yo tendría que mirarme con extrañeza a mí mismo, y permanezco mudo. Se me acaba enseguida la conversación, no me salen las palabras, no